

EL VIEJO

GUILLERMO ANGUERA

EL VIEJO



A mi padre, por haber sido un ejemplo para todos los que le quisimos:

que descanse en paz.

Y a mi madre, la persona más fuerte que he conocido.

PRIMERA PARTE

I

Alexis Trujillo era un jugador de los coléricos. Desarrolló el sentido de la competición antes de los diez, en unos partidos de fútbol en los que rara vez su padre no acababa enzarzado con el árbitro o con el padre de algún crío del equipo contrario. A los quince, cambió el balón por el ordenador, y esta competitividad que tantas alegrías había dado a su familia encontró su máxima expresión en los videojuegos. Era incapaz de asimilar una derrota. Su mal perder lo hacía gritar y enfurecerse y era la causa principal de sus visitas recurrentes a la tienda de informática: su proveedor oficial de ratones, teclados o cualquier periférico susceptible de ser aporreado.

De la educación rígida y autoritaria que recibió de niño, apenas quedaba una delgada corteza. El régimen estricto al que fue sometido durante la infancia y gran parte de la adolescencia encontró su continuación en una política alimentaria de resultados bastante cuestionables. Desde que entró en la universidad engullía una pizza para cenar y una hamburguesa doble con patatas fritas para el desayuno, en este orden, con dosis ilimitadas de bebida energética Black™, patrocinada por Mike Tyson, o cerveza. Por eso le llamaban el fofo, aunque no le importaba.

Es difícil determinar si la etapa futbolística de Alexis terminó debido a sus viajes iniciáticos con el tabaco y el

alcohol o si empezó a permitirse estos lujos una vez despojado de sus obligaciones deportivas. De lo que no cabe duda es de que la marihuana tardaría un par de años más en entrar en su vida y que para entonces ya nunca volvería a ver la pantalla de su ordenador sin el aura humeante de la hierba.

En esta historia, Alexis cursaba tercero de Ingeniería Informática en la Universidad de Barcelona y vivía en un piso compartido con otras tres personas: su amiga de toda la vida, el colega con el que se hinchaba a porros y un extranjero al que le cobraban una pasta por una habitación diminuta. La opresión tiránica que sus padres ejercieron sobre él durante su infancia y adolescencia se había suavizado y convertido en una relación parasitaria en el sentido inverso, según la cual papá y mamá ponían el dinero y la esperanza y Alexis solo la mano y (un) poco (de) esfuerzo. La única razón por la que sus padres todavía mantenían el grifo abierto.

Era una noche entre semana de una primavera especialmente calurosa. Alexis estaba frente al ordenador. Esta no era una situación extraordinaria: los auténticos jugadores no tienen horarios, por lo que no resultaba extraño ver luz en su habitación a cualquier hora. El suyo era un cuarto pequeño pintado de blanco, con un pequeño balcón que daba a la calle Comte d'Urgell, donde cruza con Aragón. En la habitación había una silla de oficina raída, un ordenador de gama alta y una serie de muebles irrenunciables. En realidad, dos: la cama y el escritorio, que trazaban una forma de L invertida en la esquina opuesta al balcón. La ropa, escasa y apilada en montones, la guardaba en una maleta abierta repleta de etiquetas de facturación de aeropuerto en el asa y pasaba del suelo a la cama con gran facilidad. De la superficie del escritorio, pegajosa en algunas zonas, apenas podían intuirse

unos huecos para apoyar los codos, el teclado y el ratón; el resto estaba ocupado por botellines de cerveza o latas de bebida energética Black™ (casi todas vacías, con ceniza y colillas dentro), trazas de tabaco, filtros, chivatos, mecheros con y sin gas, *grinders*, envoltorios de chocolatinas, auriculares, bolsas de patatas (y patatas), migas, platos sucios y papel de baño, usado y sin usar (todas estas cosas podían encontrarse también, en igual o menor medida, en el suelo). Debajo de la pantalla se amontonaban cinco o seis libretas de la universidad y de apuntes personales. También rodaba por la habitación una bandeja de McDonald's que nunca encontraba un lugar adecuado y que jamás llegó a cumplir su propósito original: evitar que la mesa estuviera llena de colillas y trazas de tabaco y marihuana. Por estos y otros motivos, era una opinión generalizada que aquello era una pocilga.

Pero nada de esto importaba. La habitación era un santuario y cumplía sus dos funciones básicas: se podía dormir en ella y era el espacio que daba cobijo al ordenador, esa máquina capaz de abrir puertas a otros tantos universos; lugares donde la limpieza, la organización y la pulcritud eran cuestiones de segundo orden.

Lo importante eran esos mundos virtuales a los que Alexis viajaba con tanta frecuencia. Tanto como podía. A todos los que podía. Aunque sí tenía una preferencia: un videojuego para el que los años no pasan y con una mezcla perfecta entre dificultad, apartado visual y entretenimiento, según rezaban los comentarios en Steam. Le merecía el máximo respeto y dedicación. Su contador sumaba tres mil doscientas veintinueve horas; su posición en el *ranking* mundial solía rondar la cuatrocientos, sin bajar nunca de la seiscientos, y su equipo era de aquellos que acumulaban millones de visitas en

portales de *streaming*. También era el juego que más tensaba sus nervios, el que más concentración requería y por el que menos paciencia mostraba. Compañeros de piso y vecinos podían adivinar sin mucho esfuerzo cuándo estaba *en el lío*, una expresión que él mismo solía utilizar.

Pero volvamos a la noche que nos ocupa. Debían de ser las tres de la madrugada, lo que implica que el contador ya sumaba unas cuatro horas de juego ininterrumpidas y que cuatro caras de Mike Tyson miraban sin parpadear hacia el jugador desde la mesa. La última partida se estaba alargando más de lo habitual y la cafeína y la falta de sueño daban a los ojos de Alexis un aspecto deplorable. Había aguantado con los nervios al límite durante los últimos veinte minutos y, por eso, cuando un jugador de su propio equipo cometió un error (menor en otra etapa de la partida; de vital importancia en aquel instante), Alexis explotó en un ataque de furia, gritos y palmadas sobre el poco espacio libre que quedaba en la mesa. Estos ataques, conocidos en un perímetro de dos habitaciones a la redonda, solían ser breves, aunque no por ello causaban menos estragos. Había perdido la partida. Tras cinco minutos de reflexión y refrigeración mental, Alexis se levantó para ir a la nevera a por más reservas.

La cocina, que también hacía las veces de sala de estar (los compañeros sacrificaron el comedor para ganar una estancia adicional que alquilaban a estudiantes de intercambio), estaba al final del estrecho corredor que conducía al resto de las habitaciones. El baño quedaba en un extremo, junto a la puerta del cuarto de Alexis, y la cocina en el otro, al lado de la entrada principal. Como nadie se había preocupado de arreglar la luz del pasillo, tuvo que ayudarse de la linterna del móvil para recorrer la distancia que lo separaba de la

nevera. Agarró una de las latas negras con la cara tatuada del boxeador retirado. De vuelta, al entrar en su santuario, con el móvil en una mano y la lata de bebida energética abierta en la otra, su corazón dio un vuelco. Un viejo calvo de edad incierta y aspecto mórbido de no menos de doscientos cincuenta kilos estaba sentado en su silla.